

### Capítulo III.

Continuación del anterior.

Así las cosas, Carlos V, recién elegido emperador de Alemania, como hemos dicho en otro lugar, intimaba á Lutero que compareciese en Worms ante la dieta imperial.

—¡Ojalá,—decía Hutten,—pueda yo asistir á la dieta. Pondré las cosas en movimiento y promoveré un desórden. Ya lo veo; será preciso apelar á las espadas, arcos, flechas y cañones.

Al propio tiempo escribía á todos los cabildos de las ciudades para que se coaligasen entre sí y con los nobles del Ruri, esto es, para que se apercibiesen contra los príncipes eclesiásticos.

Habia en la dieta muchísimos partidarios de Lutero; pero la opinion del emperador era desconocida.

Todos estaban en espectacion, temíanse una catástrofe; cuatrocientos nobles se habian comprometido á defender al reformador en caso necesario, mientras sus enemigos no cesaban de armarle lazos.

Todas las miradas estaban clavadas en él.

Los católicos procuraron intimidarle, y á fin de impedir que compareciera, ya para que, titubeando, pasaran los ventin dias á que estaba limitado el salvoconducto imperial.

Estaba citado para el martes santo, y desde el miércoles se le condenaba en Worms, entregando sus libros á las llamas.

En Erfurth recibió esta noticia, y en todas las poblaciones del tránsito halló ya fijado el edicto de su condena; de suerte que el mismo heraldo que le emplazó le preguntó si iria á Worms.

—Aunque allí hubiese más diablos que tejas en los tejados,—respondió,—no por eso dejaria de ir.

Un momento despues se puso en camino.

Apenas llegó á la ciudad, salieron á recibirle el señor de Hirschfeld y Juan Scholt de parte del elector, y le llevaron á su casa, donde encontró un crecido número de nobles y de condes que le miraban con mucha atencion: eran los que habian presentado al emperador cuatrocientos artículos contra el clero, rogándole que corrigiera sus abusos.

Luego que hubo comparecido ante la dieta, varios señores le dirigieron sucesivamente la palabra para alentarle.

—Buen padre,—le dijo el capitán Jorge Fruns-

berg, apoyando la mano en su espalda;—vais á encontraros en un lance mucho más apurado que en cuantos hayamos visto nosotros.

Los libros estaban colocados sobre una mesa: preguntáronle si los reconocía, y respondió afirmativamente. Discutió en seguida en latin y en aleman, sosteniendo especialmente la parte dogmática.

En la última conferencia le preguntó el arzobispo de Tréveris qué medio le aconsejaba para terminar aquel negocio.

Lutero respondió.

»El único consejo que aquí puede darse, es el de Gamaliel en los Hechos de los apóstoles. Si esta obra viene de los hombres, perecerá por si sola, y si viene de Dios, nada podeis vosotros contra ella.

La dieta le desterró del imperio; pero fué respetado el salvoconducto del emperador; no se atrevieron á encender para Lutero la hoguera de Juan Huss.

El reformador salió, pues, de Worms, bien convencido de que acababa de librarse de un grandísimo riesgo.

Pero en su destierro le esperaba un nuevo género de pesares, que debía acibarar todo el resto de su vida.

Habia proclamado la libertad en la interpretación de las sagradas letras, y sus condiscípulos comenzaban ya á atribuirles una significacion distinta de la que él les diera.

Las luchas contra los poderosos eran las que más

se acomodaban á su carácter, y nunca se le veía desplegar tanto ardor y tanta elocuencia como cuando le provocaban adversarios colocados en puestos elevados.

Por este tiempo atacaba el duque Jorge de Sajonia y á los príncipes que habian prohibido en sus estados su traduccion de la Biblia, y contestaba con inaudita acrimonia al libro que el rey de Inglaterra, Enrique VIII, acababa de publicar contra la doctrina luterana.

Pero donde manifestaba más su encono contra los príncipes, era en el *Tratado del poder secular*.

—«Buenos amos y señores,—les decia al concluir,—gobernad con moderacion y justicia, porque los pueblos no sufrirán por más tiempo vuestra tiranía, ni pueden, ni quieren hacerlo. El mundo actual no es el de aquellos tiempos que andábais á caza de hombres como se vá á caza de fieras.»

Con efecto; en todas partes se echaban de ver síntomas de una gran conmocion social.

Las disputas teológicas sólo eran el preludio de otros combates más terribles.

Mientras se iban multiplicando hasta lo infinito las innovaciones religiosas, los nobles se arrojaban sobre los bienes de la Iglesia, y los campesinos, acaudillados por algunos hidalgos, se levantaban contra los príncipes como en 1491 y 1502.

El incendio, la muerte, el pillaje, todos los horrores de la guerra civil desolaban á la Alemania, cuando Lutero quiso intervenir como un mediador.

¿Pero cómo era posible que un rebelde atajase la rebelion?

Por otra parte, esta especie de contiendas no admiten mediador; así que la guerra continuó furiosa, atroz.

La ausencia de las tropas imperiales, ocupadas en Italia contra los franceses, fué causa de que la rebelion tomará un incremento extraordinario.

Desgraciadamente no estaban unidos los rebeldes bajo unos mismos jefes, ni por doctrinas comunes.

Todas las insurrecciones tuvieron un carácter local; aquí el caudillo era un campesino, allá un predicador, en otra parte un hidalgo.

Por lo general, los bienes del clero y de la nobleza fueron los que sufrieron mayores devastaciones.

Las mujeres tomaron tambien parte en la guerra. En Heilbronn se las vió marchar reunidas bajo una bandera.

De ahí fué que luego que los nobles hubieron reunido algunas tropas, derrotaron fácilmente á aquellas masas indisciplinadas, y que generalmente carecian de armas.

Concluida esta guerra, procuraron indagar sus causas y autores, y entonces fué cuando empezó una violenta reaccion contra Lutero.

A pesar del cuidado que este habia puesto en declararse explícitamente contra la insurreccion, acusóse á la reforma de haber hecho tomar las armas á los campesinos.

La guerra civil no habia puesto tregua á la guerra teológica, pues en 1525 publicó Erasmo su tratado del *Libre albedrio* contra el dogma de la predestinacion.

El partido protestante, sin embargo, iba aumentando sus filas á despecho de las amenazas de los católicos.

Los príncipes, que veian en esto un medio de hacerse independientes de Roma, se mostraban favorables al luteranismo.

El gran maestro de la órden tectónica habia secularizado la Prusia, y los duques de Meklemburgo y Arunswick, alentados con tamaños acontecimientos, habian llamado á sus estados predicadores de la reforma.

Pero habia cambiado enteramente el papel que hasta entonces desempeñara Lutero. No era ya el representante de la libertad del pensamiento el heróico confesor de la fé popular; sólo iba á ser en lo sucesivo uno de los infinitos teólogos que inundaban la Europa con nuevos dogmas.

El tratado del *Libre albedrio* era un testimonio evidente de que los hombres ilustrados le abandonaban.

La actitud que tomara en el levantamiento de los campesinos le habia enagenado el afecto de los pueblos, y ya no le quedaba más que el apoyo de la autoridad civil, en cuyas manos sólo habian venido á ser él y su doctrina un instrumento político menospreciado.

Privado ya de las grandes controversias teológicas, libre de las fuertes agitaciones de la polémica, y sujeto á los afanes de un arreglo minucioso y á toda suerte de tentaciones, se acordó del proverbio: «No hay placer más dulce en la tierra que el ser amado por una mujer,» y se casó con Catalina de Bora, una de aquellas religiosas fugitivas que habian ido á buscar un asilo á su lado.

Este enlace produjo un escándalo inmenso en el mundo católico.

Si Lutero ha destrozado el seno de la Iglesia, exclamaban los enemigos de la reforma; si ha suscitado herejías desde mucho tiempo condenadas por los concilios; si ha promovido la guerra civil, ha sido con el único objeto de romper sus votos monásticos, de contraer una union doblemente sacrilega.

De todas partes llovian epitalamios irónicos sobre el religioso secularizado.

Predecíase que de aquel matrimonio habia de nacer el Antecristo, y á estas predicciones é invectivas no tardaron en seguir tentativas de asesinato; pero Lutero conservó siempre su entereza en medio de tan récios ataques.

Su situacion, sin embargo, iba siendo cada dia más crítica.

Este jefe de partido, que tantos bienes habia proporcionado á la nobleza alemana, gemia en la más desconsoladora miseria.

Preocupado con los desvelos y los cuidados que iba á traerle la familia, de que pronto se veria rodea-

do, se hizo tornero, y procuró ganar su subsistencia ejerciendo este oficio.

Su esposa le hacia feliz.

Habíala encontrado «obediente, dócil, de condicion blanda, y no hubiera trocado su pobreza por la opulencia de Creso.»

El nacimiento de un hijo, y despues el de una hija, fueron luego seguidos de las enfermedades y quebrantos que afligen al jefe de una familia numerosa.

Repetidas veces se vió reducido á la indigencia.

Por fin cayó enfermo y estuvo privado de conocimiento por espacio de algunos dias.

Tenia vértigos y desvanecimientos, acompañados de terribles pesadillas.

Las discordias que dividian la nueva iglesia, el caos que presentaba la sociedad en que vivia, el temor de una invasion de los turcos, los afanes domésticos, los dolores del cuerpo y la zozobra del ánimo, todo se chocaba en su cabeza, y suscitaba ideas y fantasmas extraños, esperanzas de desorganizacion general y del fin del mundo.

En medio de los goces y sinsabores domésticos, oíasele pronunciar aquellas sentencias, opiniones y anécdotas sencillas é interesantes, que recogidas por sus amigos, demuestran aún con más evidencia que los actos de su vida pública, la originalidad y la excelencia de su carácter.

Permitásenos citar algunas.

Preguntado una vez si un predicador cristiano debia prescindir del matrimonio:

—Es más fácil,—respondió,—sufrir la prision que abrasarse; esto lo sé por experiencia. Aunque tuviésemos el don de permanecer castos en el celibato, debiéramos casarnos, sólo por obrar á despecho del papa. En el primer año del matrimonio nos ocurren ideas muy singulares. Si estamos en la mesa, pensamos: antes era uno, ahora somos dos.

Al despertarnos en la cama hallamos otra cabeza que descansa junto á la nuestra.

En el primer año, mi Catalina estaba sentada á mi lado mientras yo estudiaba, y como ella no sabia qué decirme, me preguntaba: «¿Señor doctor, en Prusia el mayordomo de palacio es hermano del margrave?»

Los más leves accidentes, las circunstancias más vulgares, excitaban á cada momento en su alma admirables arrebatos de piedad.

Un dia al anochecer, viendo á una avecilla pararse en las ramas de un árbol para pasar allí la noche, dijo:

»—Esta avecilla ya ha escogido el abrigo, donde dormirá sosegada: no le inquieta en lo más mínimo la idea del lecho que le cabrá mañana. Se mantiene tranquila en su recinto, y deja que Dios cuide de ella.

Entre amigos manifestaba sus opiniones con claridad y viveza.

»—De todos los padres de la Iglesia, el que menos quiero es San Jerónimo, porque sólo ha escrito sobre los ayunos, mortificaciones, la virginidad, etc.

La invasion de la Alemania por los turcos sacó por un instante á Lutero de sus meditaciones, y le trajo otra vez á la escena.

Habiasele acusado de que deseaba el triunfo de los musulmanes, por lo que se apresuró á exhortar á los partidarios de su doctrina á que marcharan contra el comun enemigo de la cristiandad.

Habiéndose retirado los turcos, tomaron un carácter más grave las divisiones que habian estallado entre católicos y luteranos.

Hablábase de una liga de los príncipes católicos contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse; y aunque aquellos á quienes se atribuía este proyecto se habian apresurado á disculparse de semejante imputacion, no podia ménos de creerse que en el primer momento se declararia la guerra entre los partidarios de ambas creencias.

La dieta de Espira, convocada por el emperador, acordó que los estados del imperio debian seguir obedeciendo al decreto fulminado contra Lutero en 1524, y que quedaba prohibida toda innovacion hasta que se convocase un concilio general.

El elector de Sajonia, el margrave de Brundeburgo, el landgrave de Hesse, los duques de Luxemburgo y el príncipe de Auhalt, juntamente con los diputados de las catorce ciudades imperiales, protestaron contra el decreto de la dieta, declarándolo injusto é impío, de donde les vino el nombre de *protestantes*.

El landgrave de Hesse, con el fin de reunir todas

las sectas disidentes y formar un partido homogéneo, propuso una conferencia entre Lutero, el jefe de la reforma en Suiza, y los que se aproximaban á sus doctrinas.

La conferencia se verificó y duró dos días.

Tratábase de reunir los protestantes en una opinion comun sobre la Eucaristía, porque á la sazón habia en el mundo cristiano cuatro doctrinas principales.

La iglesia católica sostenia, y sostiene aún, el dogma de la transustanciacion, es decir, que en el momento de la consagracion, la sustancia del pan y del vino.

Lutero habia inventado una teoría algo diferente, que tomó el nombre de dogma de la consustanciacion.

Sostenia que ambas sustancias se hallaban unidas bajo las especies del pan y del vino, de tal suerte, que la hostia consagrada podia llamarse indistintamente pan ó cuerpo de Jesucristo, y el licor contenido en el cáliz vino ó sangre de Jesucristo.

Dos de sus impugnadores, Zwingle y Ecolampadano admitian la presencia real, pues no veian en la Eucaristía sino un símbolo conmemorativo de la muerte de Cristo, y desechaban este misterio.

Martin Bucer, cuya opinion fué adoptada más adelante por Calvino y la iglesia anglicana, discurió una teoría de la Eucaristía.

Negó como Zwingle la presencia real de Jesucristo, en el pan y vino consagrados; pero sostenia

que si tenia fé el comulgante, recibia por la fé realmente y sin figura el cuerpo y sangre de Jesucristo, y de este modo conservaba á la comunión su carácter primitivo.

Estas diferencias produjeron en el siglo XVI violentos altercados, y las opiniones sobre la Eucaristía han servido por mucho tiempo de base para la clasificacion de las diversas ramas del protestantismo.

En estas conferencias que tuvieron lugar entre Lutero y Zwingle, este manifestó suma deferencia hácia su adversario, é hizo cuanto estuvo de su parte por alcanzar á lo ménos una reconciliacion política; pero Lutero se mostró duro y terco, y defendió con teson la presencia real, teniendo que separarse sin haber conseguido nada absolutamente.

Por este mismo tiempo, Cárlos V habia terminado victoriosamente la guerra que emprendiera contra los turcos y los franceses.

Habiase apoderado de Roma sin desatender la defensa de Viena, y finalmente, en 1530, queriendo juzgar el ruidoso proceso de la reforma, mandó comparecer á entrambos partidos en Augsburgo.

A Lutero le fué imposible acudir, porque se hallaba desterrado del imperio; pero el elector lo llevó muy cerca de la ciudad, al castillo de Coburgo.

Melanchton fué el encargado de defender la causa de los luteranos, de distinguirlos de los republicanos sectarios de Zwingle, y principalmente de los anabaptistas, que tanto habian figurado en las insur-

recciones, y que amenazaban todavía á la sociedad con sus tentativas.

Intentóse al principio una reconciliacion; pero Lutero se opuso á ella con todas sus fuerzas.

—Dios ha colocado esta causa,—dijo,—en cierto lugar desconocido á tu retórica y á tu filosofía: este lugar se llama la fé. Bastante hemos hecho dando cuenta de nuestra creencia y pidiendo la paz. ¿A qué viene, pues, la esperanza de convertirlos á la verdad?

Enfureciase al verse detenido lejos de la asamblea, y á duras penas podia vencer el vivo deseo que sintiera de ver *aquella formidable fila de dientes de Satán*s.

Pero hasta sus mismos amigos no tardaron en reconocer como él que era vana toda tentativa de reconciliacion.

Pidióse á los protestantes una exposicion de su doctrina.

Malanchton la redactó segun las instrucciones de Lutero, y la presentó á la asamblea.

Aquella profesion de fé iba firmada por cinco electores, treinta príncipes eclesiásticos, veintitres príncipes seculares, veintidos abades, treinta y dos condes y barones, y treinta y nueve ciudades libres é imperiales.

Cárlos V puso fin á las discusiones, intimando á los reformados que renunciasen á sus errores, so pena de ser desterrados del imperio.

---

## Capítulo CIV.

---

Fin trágico de los anabaptistas de Munster.

Luego que se hubo disuelto la dieta, aterrados los luteranos por las amenazas del emperador, se coligaron en Smaelkcalde.

Apercibiéronse para el combate, fijaron el contingente que cada uno debia aprontar, y se dirigieron á los reyes de Francia, Inglaterra y Dinamarca.

Lutero se disculpó de haber inducido á los príncipes protestantes á formar esta confederacion, lanzando al propio tiempo fuertes recriminaciones á los católicos.

—¿No es verdad,—les decia,—que cuando en Augsburgo los nuestros presentaron su confesion de fé dijo un papista: «Aquí nos dan un libro escrito